

Cuidado con el cuento

Ella no quería saber más, pero la Juana insistía en contar. - ¡Pero qué necesidad tenía esta mujer de que supieran de sus historias! Como si fueran tan interesantes. Mejor no hablar de esas cosas, si ya pasaron, que se puede hacer ahora que estamos viejas y los protagonistas casi todos muertos. Después no podía dormir. – Ya no voy a ir a verla más – se decía en cada ocasión. Pero había algo que se lo impedía, no distinguía muy bien qué.

Juana era la hermana del medio. La problemática, al menos eso dice el folclore familiar acerca de los hermanos del medio. Un varón el primero, excelente noticia para padre y madre. Además porque era blanco, occidental, ojos verdes, de esos bastante raros, únicos, y rubios cabellos cual príncipe de los cuentos clásicos machistas y misóginos. Ella, la Juana, la del medio, de piel aceitunada, ojos marrones con algún destello de verdor, dependiendo de cómo se reflejaba la luz, cabello castaño, ralo y una terquedad y persistencia irritantes. La pequeña, una ternura. Cara de luna, redonda y blanca, mejillas encendidas como brasas, simpática, traviesa, en ocasiones mentirosa y, desde el origen, dedicada a hacer su voluntad. Ya con el tercer hijo una madre no es la misma, al menos en este caso.

Resultó que cuando llegó la ternurita, la tercera, el padre enloqueció y los dejó a la buena de Dios. Cuestiones de varones que cuando no salen los planes según lo que tenían calculado se toman la salida más sencilla, desaparecer. Como si nada hubieran hecho para que las cosas estén como están. Y ahí quedan las féminas con la prole y ellas mismas a cargo, en todos los aspectos de la cotidianeidad.

Así fue que la Juana, enamorada de su cariñoso padre, quedó con la desilusión amorosa más profunda como marca indeleble. Porque eso sí, hasta que desapareció, Adán (menudo nombre el del padre) fue un dispensador de ternura diaria, cocinero admirable, trabajador, un espécimen de varón valioso. Será por eso que su ausencia se tornó tan inmensa e incomprensible que aún, en su madurez, la acompaña. Ella tenía 6 años cuando se esfumó el hombre y lo que se vive en ese tiempo

queda sellado con hierro y fuego, como la marca del ganado. Resultó que hasta aquí solo era el inicio del cuento pero Renata ya se tenía que ir, los mates estaban horribles después de tanto cuento y por ese día había sido suficiente. Es que ella, Renata, se indignaba escuchando las historias de esos hombres, cobardes, egoístas, irresponsables, inútiles... y no sigo porque entraría en un terreno peligroso de las palabras que algunos llaman malas.

– Cuando pueda organizarme me vengo a tomar otros mates Juana – así se despedía Renata mientras ya comenzaba a pensar en excusas para no volver.

El jueves siguiente se despertó con esas ganas de comer un bizcochuelo de naranja que de vez en cuando le daban. El otoño invitaba a esas tardes de meriendas con aromas dulces y mates calentitos con yuyos. Tenía que comprar algunos ingredientes que faltaban en la casa y mientras caminaba al almacén pensó en la Juana. Seguro le gustaría el bizcochuelo, como no era muy dada a las cuestiones culinarias, nunca se quedaba corta en elogios para quien compartía con ella delicias de la cocina y eso era suficiente para Renata y su afición a ser halagada. A eso de las cinco, después de una reparadora siesta, preparó lo necesario y partió a escuchar el relato del día. Porque algo de la curiosidad también la convocaba. ¿Qué tendría hoy para contar Juana?

Los matecitos con menta empezaron deliciosos y el bizcochuelo fue mermando entre palabra y palabras. Resultó que Helena, ese era el nombre de la madre de Juana, ya fallecida la vieja de pura amargura, se consiguió un novio y se casó. Qué más podía hacer una mujer con tres criaturas de ocho, siete y tres años, sin familia que ayude. Pero lo que se presenta como solución es muy probable que conlleve algunos problemas, cuestiones de sentido común así lo indican. El tipo era bastante corto, de vista, de intelecto y de recursos. Pasaron necesidades, de las básicas, en ocasiones. Pero hubo algo peor que eso. Tenía familia. Un padre.

Juana estaba acostumbrada a lidiar con poca gente. Sus hermanos y su madre. Nadie más era parte de su vida desde que Adán ya no estuvo. Era la gente que conocía desde que llegó al mundo, es decir, para ella eso era el mundo. Claro, su madre sin familia que aporte nada, la familia

de su padre desaparecida igual que él (el fruto nunca cae lejos del árbol), facilitaba una red de vínculos mínima con la cual lidiar.

Pero llegó este personaje, que no era de cuento de príncipes y héroes. Era más bien uno de esos que estorban en la historia, provocando desencuentros en los que, además, no se sienten aludidos. Y trajo al villano, ese padre horrible, despreciable, portador de oscuridad y angustia.

-¡Qué dramática Juana!, no debe ser para tanto - Renata ya tenía que irse, el bizcochuelo se terminó y la menta ya olía y sabía desagradable, igual que el relato. Pero falta que te cuente lo más terrible, le dijo Juana.- No quiero saber- Renata cerró la puerta. Como si fuera necesario conocer historias terribles, ella también tenía lo suyo y no andaba por ahí compartiendo cosas íntimas, secretas, que no era necesario ventilar. Se propuso no ir durante un tiempo a verla, para que se le pasen las ganas de contar. Así transcurrieron tres semanas donde ni siquiera le envió un mensaje. Juana, también, sostuvo el silencio. Eso era algo que intrigaba a Renata. Si tanto quería contar por qué no reclamaba su presencia. La cuestión fue que ya no pudo más con la espera, el silencio y la intriga y allá fue con la excusa de que necesitaba buscar unas fotos. Como las fotos eran solo una excusa no tardaron en circular los mates, esta vez con jengibre y miel, y unas tostadas con mermelada que Juana ofreció a falta de delicias caseras traídas por ajenos.

-A ver eso terrible que tenías para contarme, no quiero saber, pero te voy a escuchar si vos querés, si necesitás decirlo - Renata se sentía parte de una acción solidaria mientras le proponía retomar el relato. Juana respiró profundo, la miró directamente a los ojos, le dijo que si se lo contaba no era por gusto sino para que no se repitiera la historia, para que otras niñas, y sobre todo las niñas de la familia, no pasaran por lo que ella pasó. Porque en las familias hay muchas cosas que si no se dicen, se repiten. Así, esas otras niñas serán capaces de vivir su vida con el poder de enfrentar a los ogros, villanos y malvados que pudieran aparecer en sus vidas.

Resultó que el padre del Corto (lo llamaremos así por eso va en mayúscula) era dado al gusto por las niñas. O sea, cuestiones de abuso, que es mejor no detallar en los cuentos que uno cuenta. Cualquiera haya sido la situación, hasta el más pequeño gesto de abuso deja un sufrimiento

que si no imposible, es difícil de poner en palabras. La cuestión fue que la Juana, apenas sucedidos los hechos, le contó a Helena (su mamá por si no lo recuerdan) que el viejo era raro y hacía cosas raras, que le parecía que no estaban bien. Helena no pudo con eso. Hizo como si no hubiera escuchado nunca nada, le dijo a Juana que quizás el viejo quería ser su abuelo y la quería como una nieta, sin muchas más explicaciones al caso. Y así fue que pasó el tiempo y la infancia y adolescencia de Juana. Almuerzos “en familia” los domingos y algunas fiestas de guardar que se debían compartir, por buena educación.

El Corto se ocupaba de que todo quedara dibujado como un cuadro más o menos aceptable de vínculos humanos civilizados, una suerte de familia emparchada. Helena vivía sumergida en el intento de sostener lo poco que quedaba de sus sueños de familia perfecta y de su capacidad de materner, la cual nunca había sido demasiada. Juana, entretanto, sufría en silencio.

-Pero Juana ¿por qué me contás esto ahora? Mirá que sos complicada. De qué me sirve a mí saber todo esto a esta altura de mi vida. – y otra vez la puerta se cerró para no volver. Al menos eso pensaba una vez más Renata.

Juana, por su parte, se quedó más tranquila esta vez. Ya lo había contado. Pudo hacerlo. No importaba el tiempo transcurrido, los sufrimientos padecidos, el esfuerzo de sobrevivir a tanta angustia. Alguien había escuchado su versión, más que suficiente para ella. Había logrado con los años darse cuenta de que no es posible comprender lo que atraviesa una víctima de estos actos si no se ha sido víctima. También pudo saber, con el tiempo, que el dolor la acompañaría hasta sus últimos momentos, pero que podía hacer algo con ese dolor, algo que aportara palabra a otras niñas. Palabras poderosas, porque las heroínas no siempre son las que portan espadas que lastiman la carne, armas de fuego que atentan contra la vida. La palabra, las palabras, iluminan lo escondido, traen a la luz aquello que porque ocurre en la oscuridad, en la clandestinidad, aparenta no estar sucediendo.

Por un tiempo reinó nuevamente el silencio. Juana sabía de la necesidad del silencio, de la pausa, para que se pudieran acomodar las cosas, paciencia con el dolor propio y ajeno. Además lo

de matar al mensajero tiene tanta historia como la humanidad misma, pero el mensaje ya está dicho y algo sucederá con eso. Por otra parte ya llegaban las fechas que, nobleza obliga, convocaban a reunirse. La primera, el cumpleaños de Renata, la ternurita, la cara de luna con mejillas de brasas, que hoy era madre de tres criaturas, divorciada, con novio nuevo.